

Los obstáculos en la construcción de un estado en Somalia frente a los logros relativos en Somalilandia

Alejandro POZO MARÍN*

Resumen: Desde 1991, Somalia es una nación sin estado. Somalilandia, una de sus regiones, consiguió en cambio formar una estructura estatal independiente poco después del colapso general. Entre los cuantiosos y complejos factores que intentarían explicar la diferente evolución de los hechos en ambos territorios, cabe destacar, por su relevancia, cuatro: la manipulación del clan y las disputas internas en las facciones armadas; la violencia extendida, favorecida por las continuas transferencias de armas que violan el embargo de la ONU; la injerencia de varios países que buscaban satisfacer sus propios intereses incluso a costa de perpetuar los problemas en Somalia; y, finalmente, los escasos recursos de todo tipo de los que disponía el país para construir un estado junto a la descarada impunidad demostrada en los procesos de formación de gobierno, plagado de caciques. Ni los 14 procesos políticos acontecidos en la última década y media ni el periodo de relativa estabilidad proporcionado por la Unión de Tribunales Islámicos fueron capaces de mejorar el bienestar de la castigada población somalí.

Palabras clave: Somalia, Somalilandia, embargo de armas, tribunales islámicos, estado en África.

Somalia es objeto de una de las mayores contradicciones a las que se ha enfrentado el sistema diplomático internacional en los últimos diecisiete años. Se trata, en realidad, de una doble paradoja. Por un lado, lo que otrora fuera colonia italiana, ahora el territorio que comprende verticalmente desde la frontera con Kenia hasta las inmediaciones de la franja norte, es, desde hace más de década y media, una nación sin estado que, sin embargo, mantiene el reconocimiento internacional y asiento en la sede de Naciones Unidas. Una silla que, por cierto, suele estar ocupada por delegados de gobiernos que no representan la voluntad de la población.

Por el otro lado, existen diversas iniciativas de estructuración estatal en el país; algunas con resultados relativamente satisfactorios. Entre otras, destacan Somalilandia y Puntlandia¹. Estas regiones, sobre todo la primera, proporcionan a su población un bienestar superior al del resto de Somalia². Si bien la violencia continua siendo un problema, presenta niveles incluso inferiores a los de muchos estados africanos consolidados. Somalilandia goza de gobierno, presidente,

bandera, himno y moneda nacionales, Constitución - aprobada el 22 de diciembre de 2002 -, se han celebrado elecciones municipales y presidenciales, y el sistema político es multipartidista, si bien los dos partidos principales - Kulmiye y Partido Democrático Popular Unido - disfrutaban de superioridad en el voto. A pesar de esta realidad, el reconocimiento diplomático internacional ha brillado por su ausencia. Así, en el territorio que conocemos como Somalia coexisten un no-estado internacionalmente reconocido junto a dos estados de facto no aceptados como tales.

El ejemplo de Somalilandia demuestra que es posible formar un estado tras la sucesión de desmanes que precedieron a la caída de Siad Barre en 1991 y continuaron en los años inmediatamente posteriores a su salida del poder. Sin embargo, y pese a catorce procesos políticos auspiciados desde el exterior, los dos tercios del sur de la región no han podido siquiera aproximarse a un modelo estatal digno de este nombre. Los dos últimos intentos, en Arta (Yibuti) en 2000 y en Eldoret y Nairobi (Kenia) entre 2002 y 2004, destacaron por haber dedicado un mayor esfuerzo que los anteriores, si bien el escaso compromiso de estas iniciativas las condenaron al fracaso incluso antes de su nacimiento oficial. Fue, sin embargo, en 2006 cuando los y las habitantes del país, en particular en la mitad sur de Somalia, experimentaron una reducción de la violencia y un mayor bienestar como consecuencia de la toma del poder por parte de la Unión de los Tribunales Islámicos (UTI). A pesar de su éxito, la UTI fue derrocada por una coalición de fuerzas entre las que destacó Etiopía. Este país, con el beneplácito de Estados Unidos, que también participó militarmente en el fin del régimen de la UTI, y la connivencia de la gran mayoría de los países del mundo, vinculó el nuevo gobierno islamista con Al Qaeda, a pesar de la escasez de pruebas para probarlo y la propia negativa de los tribunales a cualquier relación con la organización.

Llegados a este punto, nos preguntamos por la sucesión de factores que han contribuido en desigual medida a la formación de una estructura estatal en el norte (Somalilandia) y el sur del país. Tras una breve referencia al origen de la crisis actual y a los procesos políticos más relevantes, se tratarán algunos de los factores internos, regionales e internacionales que ilustran los obstáculos para construir un estado. Entre los motivos internos, se analizará la distinta contribución en ambas regiones de la manipulación interesada de la identidad de clan, la escasez de recursos para formar un estado y la violencia extendida. En lo que a los regionales concierne, destacan el comercio de armas y la ingerencia extranjera de varios

países que buscaban favorecer sus propios intereses. Finalmente, los factores internacionales más importantes apuntan al papel de Naciones Unidas, Estados Unidos y la Unión Europea, así como al nuevo contexto post-11 de septiembre de “guerra contra el terror”, extendida en África no sólo a Somalia sino también al norte de la diagonal que une Mauritania con Kenia. El caso de Puntlandia, si bien resulta significativo, no será objeto de análisis en estas líneas por razones de espacio. En cualquier caso, cabe recordar que esta región no pretende la secesión respecto de Somalia, sino conseguir una gran autonomía; al menos, mientras perdure la profunda crisis que azota a las provincias meridionales.

Orígenes de la crisis actual

Para analizar rigurosamente las diferencias entre Somalilandia y la Somalia italiana deberíamos retroceder, como mínimo, hasta el periodo colonial que dividió a la población somalí en cinco regiones diferenciadas. Por motivos de espacio y capacidad, no es posible profundizar aquí en los detalles históricos. Sin embargo, conviene recordar unas breves pautas sobre estos cinco territorios: las Somalias francesa, británica (Somalilandia) e italiana; la región del Ogadén etíope y el noreste de Kenia. Según la interpretación de algunos de sus habitantes, cada una de las cinco puntas de la estrella que ondea en la bandera somalí representaría a una de estas zonas. La era colonial italiana terminó en los años cincuenta mediante un acuerdo por el cual la ONU administró la región hasta su independencia en 1960 y la inmediata unificación de los tres territorios colonizados por los tres países europeos mencionados. Con el tiempo y los problemas, la Somalia francesa terminaría escindiéndose y formando Yibuti en 1977. Unificadas, Somalilandia y la Somalia italiana tuvieron encuentros y desencuentros varios. El periodo crucial para entender el distinto devenir de ambas regiones llegó con los últimos años de mandato del gobierno dictatorial de Siad Barre (1969-1991) y, sobre todo, con los instantes inmediatamente posteriores a su derrocamiento y exilio, y el colapso de la administración pública de Somalia.

El ocaso de la década de los ochenta fue demoledor para Somalilandia y sus habitantes, mayoritariamente ishaq, una de las cuatro grandes familias de clanes en Somalia - las otras tres son, oficialmente, los darod, hawiye y dir, aunque otros análisis incluyen, probablemente de manera más justa, a otros dos clanes no nómadas sino de prácticas sedentarias: los digil y rahanwein³. Siad Barre, del subclan marehan de la familia darod, supo, a pesar de su discurso contrario a la

discriminación por clan, utilizar el “divide, proporciona armas y vencerás” para instrumentalizar la identidad y reprimir con extrema violencia sus desavenencias con los ishaq, como hizo con cualquier grupo de oposición que fuera percibido como amenaza. En 1982 se creó el ala militar del Movimiento Nacional Somalí (MNS) para combatir los excesos del gobierno en Somalilandia. Esta región norteña había sido tradicionalmente ninguneada en los procesos políticos, y pocos originarios de la zona habían conseguido ocupar posiciones destacadas en las estructuras de poder. El momento más angustiante de este periodo llegó entre junio y julio de 1988, cuando la ciudad de Hargeisa, la más importante de Somalilandia y una de las mayores urbes de Somalia, fue bombardeada por aviones del ejército. Veinticinco mil personas murieron y cerca del 70% de los edificios fueron reducidos a escombros⁴. Mohamed Said Hersi, alias “Morgan”, se ganó a pulso el calificativo de “el carnicero de Hargeisa” por su destacado papel en este suceso de triste memoria.

En 1991 se produjo la toma de Mogadiscio por el Congreso Somalí Unido (CSU). Tras el colapso estatal y después de verificar el incumplimiento por parte del CSU, en el que todas las facciones opositoras a Barre se comprometían a no formar gobierno sin la celebración previa de una asamblea general con la participación de todas las partes⁵, el MNS supo aprovechar el 18 de mayo de 1991 la oportunidad para proclamar unilateralmente la independencia de Somalia y bautizar lo que autodenominó la República de Somalilandia. Poco después, y a cientos de kilómetros de distancia, Ali Mahdi y Mohamed Farah Aidid, los dos principales líderes del CSU, que más que una estructura sólida organizada era una coalición de grupos del clan hawiye con dispar contribución, iniciaban una guerra fratricida donde cada uno reclamaba para sí la legitimidad de encabezar el nuevo Gobierno somalí. Las desavenencias entre ambos fueron absolutas. Ali Mahdi era un acaudalado emprendedor de negocios y empresario, antiguo miembro del parlamento, encarcelado por Barre. Financió y organizó el Grupo del Manifiesto, un documento donde intelectuales de todos los clanes somalíes, excepto los ishaq, pedían de manera pacífica un proceso democrático. Su clan, Abgal, fue el último de los grandes clanes hawiye en sumarse a la insurgencia. Aidid, por el contrario, fue un prominente militar de larga trayectoria que participó en diversos intentos para derrocar a Siad Barre, en cuyo gobierno ocupó cargos, y fue líder de la revuelta armada desde sus inicios. Era un sa’ad, subclan habar gedir de los hawiye. Ali Mahdi fue investido presidente de Somalia un día después de la huida de Barre, sin consulta previa con un Aidid ausente en Mogadiscio. Con un Ali Mahdi paranoico de

un golpe militar de Aidid y un Aidid que sentía perder poder progresivamente en favor de Ali Mahdi, en septiembre de 1991 iniciaron un enfrentamiento que provocó el despliegue de tropas internacionales entre 1992 y 1995. Esta intervención exterior no hizo sino aumentar la brecha entre los diversos grupos anteriormente agrupados bajo el paraguas de la CSU, que inició una desintegración vertiginosa en los instantes que siguieron al colapso estatal y que promovieron una proliferación de grupos armados a partir de facciones escindidas. En Puntlandia (región darod), la disputa Ali Mahdi-Aidid tuvo su reflejo en el enfrentamiento entre Abdullahi Yusuf - militar, hoy presidente de Somalia - y Mohamed Absir Muse, miembro del Grupo del Manifiesto. La diferente contribución a uno y otro bando del grupo islamista Al-Ittihad resultó determinante en esta división.

Los procesos políticos en Somalia

Tras doce intentos, el primer proceso político que desembocó en la formación de un gobierno transitorio con reconocimiento internacional, se llevó a cabo en 2000 en Arta (Yibuti). Abdiqasim Salad Hassan fue elegido Presidente del Gobierno Nacional Transitorio (GNT). El proceso fue auspiciado, además de por la Organización para la Unidad Africana y la Liga Árabe, por la Agencia de Desarrollo Intergubernamental (IGAD, en sus siglas en inglés). Sin embargo, disputas internas en el seno de esta última institución favorecieron que la propuesta no prosperase. En 2002 se inició otro proceso político en la ciudad de Eldoret (Kenia) que concluiría dos años después en Nairobi con la formación del Gobierno Federal Transitorio (GFT) y la designación de Abdullahi Yusuf, conocido por sus métodos autoritarios y violentos, como nuevo Presidente de Somalia. Ambas iniciativas estuvieron condenadas desde el principio por diversos motivos, entre los que destacan la escasa capacidad disponible para hacer efectiva la estructura estatal, la influencia de los señores de la guerra y la ingerencia extranjera. Por la relevancia de los últimos años para comprender la situación actual - representativa de la historia reciente de Somalia -, analizaremos aquí brevemente estos procesos antes de abordar los factores generales que explican el fracaso en la construcción del estado.

En lo que respecta al primer motivo, cabe destacar el paralelismo entre los dos procesos políticos, el de Arta y el de Eldoret/Nairobi; pues ambos condujeron a la formación de un gobierno que ni tenía capacidad de gobernar ni podía hacerlo

desde territorio somalí. Mogadiscio fue y continúa siendo una de las capitales del mundo más peligrosas debido, por un lado, a la proliferación de las armas y a las pocas alternativas existentes para obtener ingreso sin utilizarlas y, por el otro, al control de la ciudad por numerosos grupos; una pluralidad que aumenta la probabilidad de enfrentamientos y escalada de violencia. El GNT instaurado en Yibuti tardó meses en instalarse en Mogadiscio y el GFT, cuyo presidente fue elegido el 10 de octubre de 2004, no pisó suelo somalí hasta cuatro meses después, tardó varios meses más en asentarse permanentemente en Somalia y, cuando lo hizo, no escogió Mogadiscio como sede de gobierno, sino Baidoa, argumentando problemas de seguridad.

El monopolio del uso de la fuerza suele ser una de las características de la estructura de estado, pero en Somalia ni el GNT ni el GFT pudieron nunca controlar la violencia. Ni se tuvo la capacidad ni se contó con el compromiso o la voluntad de los actores, internos y externos, implicados. La diversidad de fuentes de violencia, la falta de recursos materiales y de personas cualificadas para formar el estado y, sobre todo, la presencia de algunos señores de la guerra en las estructuras de gobierno – y enlace aquí con el segundo motivo – fueron tres razones fundamentales para que la población somalí desconfiara de la nueva Somalia que se promocionaba.

El proceso de Arta se caracterizó por inclusivo, ya que participaron en las discusiones líderes tradicionales, intelectuales y figuras en el exilio, entre otros. Resultó beneficiado el clan hawiye, circunstancia que hizo que Etiopía se esforzara, junto a diversos señores de la guerra, en hacer fracasar la iniciativa, acusándola de estar muy próxima a los islamistas. Los líderes de las milicias protestaron por el papel destacado que, a su entender, protagonizó la diáspora argumentando que no vivía en el país y, por tanto, había perdido voz y voto.

El proceso que condujo al GFT recuerda al implementado en Afganistán, exagerando el factor identitario e incluyendo en el gobierno a los caciques más poderosos. Fue auspiciado y coordinado desde el exterior, desde las élites internacionales para favorecer a las élites locales. La sociedad civil fue ninguneada y tampoco se contó con otras estructuras de representación real. Para reducir la enorme influencia que tienen los señores de la guerra en Somalia, se decidió, paradójicamente, dotarles de un mayor poder, legitimándolo así. Ante este tipo de actuaciones se suele argumentar que los procesos políticos deben integrar a todas

las partes y que no se puede pretender que los líderes de las milicias acepten ver reducidos sus privilegios alcanzados sin recibir compensación. Como consecuencia, algunos de los caudillos que hicieron agonizar a Somalia, pasaron a ser la imagen corporativa de una nueva etapa en el país. El Presidente es un famoso, por infame, señor de la guerra, como lo son los cinco más conocidos de Mogadiscio: Musa Sudi, Omar "Finish", Osman Atto, Canyare y Hussein Aidid - hijo y sucesor del mítico Mohamed Farah Aidid -, convertidos inicialmente en el GFT en ministros de Comercio, Asuntos Religiosos, Obras Públicas y Vivienda, Seguridad Nacional y Asuntos Internos, respectivamente. Estos últimos se aliaron posteriormente contra el gobierno y se agruparon bajo el eufemístico nombre de "Alianza para la Restauración de la Paz y contra el Terrorismo" o, simplemente, "la Alianza". Este grupo recibió apoyos sustanciales de EEUU en su lucha contra el GFT hasta que a ambos bandos les surgió un enemigo común: la Unión de los Tribunales Islámicos (UTI) que controló el país durante el segundo semestre de 2006, hasta que fue derrocada por la coalición del GFT y Etiopía, con el apoyo de EEUU y la connivencia de buena parte de los países del mundo.

Antes de terminar este apartado, conviene matizar que, personalmente, considero que los señores de la guerra no pueden ser la imagen de una nueva Somalia. Estos personajes se benefician de la situación de guerra existente en un país y representan un obstáculo para unos procesos de paz que, en teoría, les perjudican. Ya fueron protagonistas de múltiples acuerdos anteriores y ya demostraron su escaso interés en el fin de la violencia en la región. La población los conoce y muy bien. Simbolizan la decadencia y el miedo en Somalia, y minan la confianza y la esperanza de las personas en los procesos de reconstrucción. Por ello, ninguno debería formar parte de un futuro gobierno permanente. Sin embargo, excluirlos tampoco es una solución viable a corto plazo. En Somalia, gozan de gran libertad de movimiento y no les va a satisfacer una disminución en sus privilegios económicos y políticos. Pero existían distintas alternativas para reducir su poder, como cortarles su fuente de suministro económico y militar, fomentar la desmovilización de sus milicias - con los recursos económicos necesarios - o, simplemente, haber aprovechado la revolución que plantearon en el país los tribunales islámicos.

Los factores internos

Entre otros, existen tres factores internos que han limitado la construcción del estado, con distinta contribución en Somalia y Somalilandia: la manipulación interesada de la identidad de clan, la escasez de recursos y la violencia extendida.

La manipulación del clan y las disputas internas

Conviene iniciar este apartado cuestionando las interpretaciones simplistas que continuamente reducen al clan la multicausalidad que explica la violencia en Somalia. A falta de etnias y de religiones - la vasta mayoría de la población son musulmanes sunitas de una misma etnia y lengua somalí -, el sistema de clanes permite perpetuar el falso mito de la violencia identitaria como causa base de los conflictos armados. Sin pretender menospreciar la enorme importancia que tiene en Somalia la afiliación de clan, es necesario destacar el carácter dinámico de las lealtades en función de los intereses del momento. Así, podría darse el caso de un darod que combatiera junto a un hawiye contra otro darod en el supuesto de que este hecho le reportara algún beneficio. Por otro lado, cabe recordar que en un inicio las facciones armadas constituían un amalgama de clanes diversos, si bien es cierto que el recrudecimiento de la situación fomentó las escisiones a partir de consideraciones de clan y, una vez completadas éstas, en sub-clanes, sub-sub-clanes y sucesivas. En 1988 cada uno de los seis clanes principales que integran la familia ishaq había formado su propia milicia.

Daniel Compagnon⁶ ha analizado con detalle los procesos de formación y escisión experimentados por los actores armados más significativos en los momentos previos y posteriores a la caída de Siad Barre. Explica cómo la construcción de grupo a partir de consideraciones de clan es una constante en la sociedad somalí. Cualquier líder, político o militar, intentará reclutar sus bases de apoyo en el seno del clan cuyos intereses asegura representar. Sin embargo, dice Compagnon, cabe destacar que estos lo hacen por iniciativa personal y no como jefes tribales o de clan. Por tanto, el factor de clan en la violencia tiene que entenderse a partir de su manipulación interesada.

En Somalilandia, el triunfo incontestado del MNS que asumía las líneas políticas principales, y la dominación ejercida por este grupo y por las autoridades comunitarias evitaron las prácticas de venganza y persecución que fueron frecuentes en Mogadiscio y sus zonas circundantes. De hecho, los líderes tradicionales de los distintos clanes ejercieron, en términos globales, un control muy superior sobre el proceso político, comparado con el llevado a cabo en

Somalia, limitando la envergadura de las iniciativas individuales que pudieran amenazar el buen resultado de los acontecimientos⁷. Los momentos de tensión fueron frecuentes, pero los mecanismos tradicionales de mediación de conflictos funcionaron, al ceder los militares espacios de protagonismo. Además, desde el principio, se fomentó la construcción multiclan del estado, como atestiguó la pronta reunión de Berbera, celebrada en fechas tan tempranas como febrero de 1991. Sin embargo, la rápida declaración de independencia y los progresos generales de Somalilandia no muestran con suficiente claridad las disputas internas que también caracterizaron las entrañas del MNS en aquella época. Así, se manifestó una división entre los grupos favorables a la independencia y aquellos que preferían continuar unidos al resto de Somalia, habiendo incluso quienes apostaban por prolongar y mejorar las relaciones ya establecidas con la facción Aidid del CSU. El líder que encabezaba este segundo grupo, Abdirrahman Ali Tuur, líder del MNS y presidente electo interino de la nueva Somalilandia por dos años, tuvo que ceder a las presiones de los jefes militares y al clamor popular a favor de una Somalilandia independiente. Sin embargo, no dudó en colaborar con la misión internacional UNOSOM y promover revueltas con el objetivo de deslegitimar a su sucesor en el cargo, Mohamed Ibrahim Egal⁸.

El saqueo de los recursos del estado

En 1989 o probablemente antes, la administración se colapsó y Somalia es un país sin estado desde 1991. Esta particularidad ha tenido consecuencias nefastas para la población que ha visto su ingreso comprometido en función de las oportunidades del momento, así como sus necesidades básicas insatisfechas. Sin embargo, conviene cuestionar las tradicionales referencias a Somalia en clave de anarquía. Cabe señalar que la extrema violencia registrada en la última década y media en el país no apunta a todo su territorio, sino a una reducida parte que tendría su centro de gravedad en Mogadiscio. En el norte, los estados de facto de Puntlandia y, sobre todo, de Somalilandia han asistido a los acontecimientos recientes como espectadores preocupados, no como parte implicada. Incluso buena parte de la población de la mitad sur de Somalia ha sido relativamente ajena a los cambios producidos en los últimos tiempos y continúa viviendo como solía, con una fuerte influencia de la tradición, el honor y el orden, invalidando las frecuentes referencias al caos con las que Occidente suele caricaturizar al país.

A pesar del éxito relativo de Somalilandia, la región no ha sido ajena a los conflictos armados. A los ataques indiscriminados de 1988, a los que hicimos

referencia antes, siguió un periodo de rapiña de los recursos estatales entre 1988 y 1990. El Gobierno del primer presidente interino, Ali Tuur, fue cuestionado y denunciado por prácticas de corrupción y falta de transparencia, en particular de su Ministro de Finanzas⁹. Sin embargo, sus primeras estructuras fueron populares desde la perspectiva del balance entre clanes y la formación parlamentaria distribuyó cuotas de poder de manera equitativa. Probablemente, un factor que contribuyó de manera significativa a estabilizar la región, a pesar del conflicto armado sufrido entre 1991 y 1992, fue la designación de líderes comunitarios como representantes de los clanes o, dicho de otro modo, la no imposición de la voluntad e intereses particulares de los líderes militares en la estructura estatal oficial, como ha sido característico en la historia reciente de Somalia.

En cambio, en Somalia las cosas fueron, desafortunadamente, menos esperanzadoras. El 27 de enero de 1991 huyó de la capital Siad Barre, la cabeza de un gobierno que hacía tiempo que no gobernaba. En su huída, no olvidó saquear en el Banco Central las reservas del país. Mientras Somalilandia experimentaba un proceso político, en Mogadiscio se llevaba a cabo una caza de brujas contra los no hawiye - sobre todo, aunque no exclusivamente, contra los darod. Se exterminó a todo aquel que se encontró - unas prácticas reconocidas y clamadas de perdón por parte de los grupos hawiye involucrados -, al tiempo que se saquearon y quemaron las dependencias administrativas - incluso la biblioteca nacional - y documentos y archivos. Todos ellos, hechos que complicarían todavía más una eventual reconstrucción estatal. Dado que algunos darod declaraban ser ishaq - comparten un dialecto similar - para salvarse la vida, también se ejecutó a muchas personas de este clan. El éxodo fue masivo y con él se exiliaron las personas calificadas que tanto necesitaría Somalia para reconstruir su estado.

La violencia extendida

Sólo en Mogadiscio, decenas de miles de personas dependen de las armas para obtener algún tipo de ingreso económico. En un país con enormes carencias de bienes básicos, las armas abundan *por doquier*. Las diferencias entre los bandidos comunes y los milicianos sometidos a obediencia debida están a menudo desdibujadas. La violencia y el expolio en Mogadiscio empezaron a ser un problema destacado a finales de los ochenta y en ellos participaron, principalmente, fuerzas policiales y militares. Incluso algunas infraestructuras levantadas con la ayuda internacional fueron rápidamente desmanteladas mediante rapiña. Cabe, quizá, asociar esta depredación a la cultura interiorizada por la experiencia acumulada y a

la ausencia de alternativas de supervivencia de una parte de la población. Vinculados a las omnipresentes prácticas de saqueo se encontraban líderes militares y hombres de negocios que basaron parte de su enriquecimiento en la comercialización de productos que habían conseguido previamente otros con violencia. Los saqueos también afectaron a la ayuda internacional a través, entre otros aspectos, del pago de tasas o de contribuciones para garantizar la protección. La economía criminal resultó, a los ojos de los que tenían el poder, más rentable que las oportunidades que auguraban en una estructura de estado.

Somalilandia también sufrió problemas de violencia. Para una mayoría de jóvenes combatientes sin educación formal, producto del colapso del sistema educativo en 1984, las milicias eran su primer empleo¹⁰. Los intentos iniciales de desmovilización de combatientes y su eventual integración en las fuerzas armadas de Somalilandia no fueron satisfactorios. Por el contrario, desencadenaron una guerra fratricida entre diferentes grupos ishaq entre diciembre de 1991 y noviembre de 1992.

Factores regionales

El comercio de armas

Somalia no tiene industria de armas pero dispone de ellas a través de la importación de otros países. Son numerosos los estados y grupos que le han proporcionado armamento, incluso después de entrar en vigor el embargo obligatorio impuesto por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en 1992. No consta a mi entender que España haya violado el embargo de la ONU, pero sí figura en la lista de los países que han suministrado material militar a Somalia como “ayuda al desarrollo” a través de los créditos de los Fondos de Ayuda al Desarrollo (FAD), que son en su mayor parte reembolsables y generadores de deuda externa¹¹.

En 2003, un año que no destacó por la intensidad y frecuencia de los combates, se registraron transferencias de armas a diario a través de pequeñas embarcaciones entre Yemen y Somalia. En 2006, ante el auge de la Unión de Tribunales Islámicos (UTI) y sus combates contra el Gobierno Federal Transitorio (GFT), diversas milicias somalíes y soldados etíopes, experimentaron un incremento en el número de armas, sofisticación y frecuencia de entrega. El 22 de noviembre de 2006, el Comité del Consejo de Seguridad establecido en la Resolución 751 de

1992 sobre Somalia, proporcionó las conclusiones detalladas del Grupo de Monitorización encargado de verificar el cumplimiento del embargo de la ONU sobre la transferencia de armas a Somalia. Este informe demostraba que al menos siete países (Yibuti, Egipto, Eritrea, Irán, Libia, Arabia Saudita y Siria), habían suministrado recursos militares en 2006 a la UTI, mientras que un mínimo de otros tres (Etiopía, Uganda y Yemen) habían obrado de igual manera con el GFT¹². Los estados señalados negaron, como cabía esperar, su implicación en los hechos de los que se les acusaba.

La infinidad de razones que llevaron a estos países a fomentar el conflicto armado no puede resumirse en unas pocas líneas pero se esbozarán algunas pistas más adelante. En lo que al armamento y la UTI respecta, Eritrea fue el principal origen de las armas distribuidas, así como el país a través del cual otros actores canalizaron su ayuda militar. Eritrea contribuyó asimismo con soldados que apoyaron a los islamistas - no menos de dos mil quinientos, de acuerdo con el Grupo de Monitorización. Además de armas, Eritrea, Siria, Libia y Egipto también proporcionaron entrenamiento militar - en su propio territorio en los tres primeros casos. La participación de Siria e Irán vendría auspiciada por la organización libanesa Hezbollah, en contrapartida por los apoyos recibidos por parte de la UTI en su conflicto con Israel en el verano de 2006. Entre las armas proporcionadas, destacan fusiles de asalto, ametralladoras, armas antitanque y antiaéreas; minas antitanque, granadas de mano y lanzagranadas; morteros, lanzacohetes y misiles. En una región donde ya proliferaban las armas, las importaciones más necesarias fueron las municiones. Su escasez hizo que, en mayo de 2006, una sola bala llegase a costar 1,50 dólares¹³, por lo que su uso pasó a ser un lujo únicamente posible en momentos imprescindibles. La UTI también recibió apoyos del Frente de Liberación Nacional del Ogadén y del Frente de Liberación Oromo, ambos en territorio etíope y contrarios al gobierno de ese país. Por otro lado, compañías de transporte de Emiratos Árabes Unidos, Libia, Eritrea y Bahrein han estado involucradas en estos suministros de armas.

Por su lado, el GFT tuvo su gran aliada en Etiopía, resultando finalmente determinante en su contencioso con la UTI. Según el informe del Grupo de Monitorización, este país facilitó armas, entrenamiento y soldados - tanto propios como somalíes, ya que se encargó de procesos de reclutamiento. Proporcionó sumas importantes de armas - destacando fusiles de asalto, ametralladoras, lanzacohetes y minas - a varios señores de la guerra de la región de Mogadiscio -

destacando Mohamed Dhere, cacique de Jowhar - y a distintos clanes y grupos locales de diversas regiones a cambio de información sobre la UTI, y combatió a los islamistas con importantes cantidades de soldados etíopes, vehículos terrestres y aéreos. En su afán por derrotar a los Tribunales, Etiopía tampoco dudó en suministrar, en septiembre de 2006, numerosas armas y vehículos militares, así como tres mil soldados a las milicias de Puntlandia, ante el recelo expresado por el presidente de la región, Mohamud Muse Hersi, por que la UTI controlara la zona. Estas mismas preocupaciones han sido manifestadas, sin éxito, por parte de las autoridades de Somalilandia que temen que las ingentes cantidades de armamento transferidas a Puntlandia sean finalmente utilizadas en su disputa por las provincias fronterizas entre ambas regiones. Por su parte, también Yemen proporcionó armas y municiones a Puntlandia, así como un mínimo de trece cargos al GFT, tanto por medios aéreos como marítimos. Sin embargo, las redes de comerciantes de armas yemeníes suministraron armas a la UTI y – en esto sí coincidieron con su Gobierno – a la Administración de Puntlandia. Finalmente, Uganda contribuyó con tropas meses antes de que la ONU autorizara su despliegue en apoyo al GFT.

Otras injerencias del exterior

El comercio de armas no ha sido sino la parte más visible, y una de las más condenables, de la injerencia extranjera en el país, dado que suele estar vinculado a intereses geopolíticos que pasamos a abordar brevemente.

Etiopía encabezaría el *ranking* de los estados que se han entrometido, con desastrosas consecuencias, en los asuntos internos de Somalia; quizá como contrapartida por la histórica injerencia somalí en los quehaceres etíopes. Para Addis Ababa, Somalia también representa un asunto de política interna y es percibida como una amenaza por buena parte de su población. Para Mogadiscio, Etiopía es la enemiga que, financiando milicias y transfiriendo grandes cantidades de armamento, ha participado desde hace medio siglo en cualquier intento de desestabilización como medida de cautela ante las pretensiones de Somalia de recuperar el territorio del Ogadén etíope, de población somalí. Estas amenazas alcanzaron su momento cumbre en la guerra que en 1977 enfrentó a ambos países. Hoy, las presiones continúan a través del apoyo triangular que se proporcionan Eritrea, movimientos armados rebeldes - como el Frente de Liberación Nacional del Ogadén y el Frente de Liberación Oromo - y algunos grupos somalíes, destacando en su momento Al Ittihad y, recientemente la UTI. Con objeto de frenar los soportes mutuos de las milicias a ambos lados de la porosa frontera entre Somalia

y el Ogadén, Etiopía apoyó la creación del Ejército de Resistencia Rahanwein, activo en el lado somalí del linde. Etiopía también ha mostrado interés en Somalilandia. Durante los últimos años del Gobierno de Siad Barre, el MNS recibió ayuda logística etíope pero ésta terminó abruptamente en 1988 con el acercamiento de los respectivos regímenes de Somalia y Etiopía. Uno de los intereses perseguidos por esta última en Somalilandia son los beneficios de acceso al mar de los que no goza desde la escisión de Eritrea.

Producto de su historia compartida, Yibuti y Kenia han jugado un papel destacado en los acontecimientos recientes de Somalia. Si bien su contribución ha sido igualmente interesada, ésta tendría un enfoque más positivo que el planteado por Etiopía. Estos dos países fueron los anfitriones de las dos iniciativas políticas más importantes llevadas a cabo en la última década y media. Ambos procesos fracasaron como consecuencia de la imposibilidad para concertar los intereses extranjeros y de las dificultades para decidir qué personajes debían formar parte de las negociaciones y a quién representaban. En Kenia, como en Etiopía, se mira con recelo a los somalíes inmigrados y se les acusa de todos los males de delincuencia que azotan sus núcleos urbanos.

Los países árabes también han visto en Somalia una oportunidad para satisfacer sus propios asuntos a través del apoyo a una u otra de las facciones en liza. Egipto ha discutido con Etiopía respecto al control de las aguas del río Nilo, mientras que los intereses de Yemen estarían relacionados con sus problemas de inmigración somalí y con las transacciones comerciales no oficiales entre ambos países. También Somalilandia ha ofrecido oportunidades en su floreciente e importante sector ganadero de ovejas, camellos y, sobre todo, cabras. La excepción provendría de Arabia Saudí a través de un embargo impuesto, supuestamente, para la prevención de una eventual propagación de enfermedades. Entre otros intereses económicos, cabe destacar los contactos establecidos entre Somalilandia y algunas empresas de Emiratos Árabes Unidos para modernizar el puerto de Berbera, de vital importancia para Etiopía¹⁴.

Como ya se pudo entrever en el apartado de las transferencias de armas, Eritrea ha desarrollado una función importante en los asuntos internos de Somalia como consecuencia de su contencioso con Etiopía. Así, cabe entender su apoyo a distintos grupos en Somalia y en el Ogadén como resultado de su política antietíope. Aunque proporcionó soldados al gobierno de la UTI, resultan

cuestionables los artículos de prensa que apuntaban a una presencia determinante en las filas islamistas. El número de combatientes foráneos que apoyó a la UTI a partir de condicionantes ideológicos, religiosos o incluso económicos es menos relevante de lo pretendido y su exagerada visibilidad respondería a los intentos por parte de los medios de comunicación internacionales de establecer paralelismos con el fenómeno mediatizado hace cinco años en Afganistán - aunque tampoco entonces tuvieron la trascendencia que se les otorgó.

Factores internacionales

La actuación de la ONU y los países miembros que actúan bajo su paraguas, no han estado en Somalia a la altura de lo que de ella se esperaba a lo largo de las últimas dos décadas. Las deficiencias de las misiones militares UNITAF y las dos UNOSOM (I y II) entre 1992 y 1995 podrían resumirse en cuatro características. La primera se refiere a la tardanza en llegar a Somalia, ya que los soldados desembarcaron cuando los efectos de la hambruna que justificó el primer despliegue internacional, ya estaban disminuyendo. En segundo lugar, su falta de iniciativa en los compromisos de más riesgo, ya que no se inició un proceso real de desmovilización de las milicias y, como es costumbre en muchos otros escenarios, únicamente se llevó a cabo el desarme de aquellos grupos que, por su debilidad, no suponían una amenaza significativa. Tercera, su parcialidad. Se negociaron los términos de la intervención sólo con algunos de los líderes militares locales y, sin interés en respetar la neutralidad de la que alardeaba, la ONU apoyó a algunos grupos armados y desempeñó un papel destacado en el conflicto hasta el punto de convertirse en una parte más. Su obsesión en capturar a un solo personaje, Mohamed Farah Aidid, provocó el colaboracionismo con otros señores de la guerra que no habían demostrado mayor respeto por los derechos de las personas. Finalmente, la cuarta característica es que, si bien el objetivo principal de la UNITAF era garantizar los corredores humanitarios que harían llegar la ayuda internacional a las poblaciones más vulnerables, las ONG tuvieron que contratar a guardas armados para llevar a cabo estas tareas, dada la poca disposición de la UNITAF de atender a su mandato. Mohamed Sahnoun, enviado especial de la ONU, fue desposeído de su cargo como consecuencia de las desavenencias con la organización, al priorizar en su agenda las necesidades de la población somalí y no las demandas del sistema de Naciones Unidas y, sobre todo, de sus constantes críticas al Secretariado de la ONU, al que acusaba de interferir en su trabajo y negarle apoyo¹⁵. En su conocido libro *Somalia, las oportunidades perdidas*, declaró:

“el programa de asistencia de la ONU no sólo fue limitado. Fue tan lento y su distribución tan inadecuada, que fue contraproducente”¹⁶.

En Somalilandia, la ONU también jugó un papel destacado en la figura de su Secretario General Boutros-Ghali que, personalmente, desaprobaba la independencia de esta región. Previamente, como Ministro de Asuntos Exteriores egipcio, apoyó a Siad Barre. Los tristemente conocidos bombardeos sobre Hargeisa de 1988 fueron llevados a cabo con las armas que Egipto vendió al dictador somalí - las últimas transferencias llegaron apenas unas pocas semanas antes de la caída del régimen¹⁷. Desde sus primeros pasos en Somalia, la UNOSOM intentó desacreditar a Somalilandia apoyando a los grupos de oposición a su gobierno, incluso a través de financiación económica. Ante lo que suponía una flagrante violación del mandato de la ONU, el Presidente Egal expulsó a la UNOSOM de Somalilandia¹⁸.

En lo que respecta a la Unión Europea (UE), su papel ha sido múltiple y camaleónico en función de los intereses del momento, y se caracteriza tanto por su acción como por su inacción. Gran Bretaña sorprende por la falta de atención que, por otra parte, cabría esperar de ella como antigua metrópoli en Somalilandia, a la que ni siquiera ha hecho el amago de reconocer. Los movimientos de Francia han sido paralelos a los de Yibuti, sobre la que sigue influyendo. Italia, por su parte, sí destacaría por su relevancia, ya que lidera en buena medida los asuntos de la UE respecto a Somalia. Sus intereses abarcarían desde la satisfacción de las demandas de familias italianas con antiguos privilegios en el país africano hasta el depósito de residuos tóxicos en territorio somalí¹⁹. Como institución, prisionera de su apoyo a la creación del Gobierno Federal Transitorio (GFT), la UE no condenó - sólo lo hicieron Italia y, fuera de la UE, Noruega - los bombardeos de Etiopía y EEUU que concluyeron con la derrota de la Unión de los Tribunales Islámicos. Tras la formación del GFT, la UE, autoproclamada como principal donante mundial para Somalia, limitó la concesión de ayuda humanitaria a un contexto de cese de hostilidades. Es decir, se condicionaron los apoyos a la población a que los señores de la guerra abandonaran sus prácticas de violencia, cuando éstas son, precisamente, las que les confieren su denominación y les sitúan en las posiciones de poder que ostentan. Pagaron, pues, justos por pecadores.

Finalmente, el interés de EEUU en Somalia estaría vinculado tanto con el pasado reciente - fracaso de su liderazgo en la UNITAF - como con el presente -

“guerra contra el terror”. No se puede concebir el rápido declive de la UTI en Somalia sin el apoyo proporcionado por Washington a Etiopía, artífice del desmoronamiento. EEUU llegó incluso a participar con tropas terrestres y aviones que bombardearon posiciones militares de la UTI. Es a partir de estos parámetros donde cabe entender también el interés de EEUU en Somalilandia, a la que vería como una eventual aliada en una región que percibe, interesadamente, con un potencial hostil amenazante. La zona cuenta con una base militar estadounidense, única en el continente, situada en la estratégica Yibuti (Cuerno de África) frente a la península arábiga y a orillas del Golfo de Adén. A pesar de un posible interés por la presunta y cuestionada abundancia de recursos naturales del país, en particular el petróleo²⁰, todo parece apuntar que la última implicación de EEUU en Somalia responde, en esencia, a la necesidad de evidenciar, unavez más, ante su hambrienta opinión pública la pertinencia de la “guerra contra el terror”, iniciada poco después de los atentados del 11-S. La coartada para explicar el fracaso en Irak fue que no se actuó con suficiente contundencia, circunstancia que cabía corregir. Como concepto, “Somalia” legitimó “Afganistán”, justificó “Irak” y avaló la propuesta de aumento de tropas en este último contexto, anunciada apenas un día después de los bombardeos en el país africano.

La influencia del 11-S. ¿Es Somalia sospechosa de contribuir al terrorismo de Al Qaeda?

La Unión de los Tribunales Islámicos (UTI) proporcionó a Mogadiscio y otras ciudades un periodo de estabilidad sin precedentes en las dos últimas décadas, en particular en lo que concierne a la inseguridad y el suministro de servicios básicos. Su revolución, en contra de lo que comúnmente se argumenta, no se explica a partir de la ayuda exterior ni de la supuesta – y probablemente errónea – interpretación que vincularía a la UTI con Al Qaeda. Sin pretender negar la significativa contribución que tuvieron los suministros de soldados, armas y dinero, cabe concluir que es su declive el que se explica a partir de la participación exterior, no su auge.

En lo que a sus vinculaciones con Al Qaeda respecta, algunos autores han apuntado sus dudas sobre que los “estados fallidos” - en mayor medida los inexistentes, como es el caso somalí - representen un terreno favorable para el surgimiento o la expansión de grupos violentos internacionalmente organizados. En palabras de Alex de Waal, en el prólogo del libro *Al Ittihad*: “la influencia islamista

es mucho más probable que aparezca en un proceso de reestabilización estatal que desmilitarice la política y provea un marco de servicios públicos²¹. Cabe añadir, por mi parte, que este fenómeno podría producirse en contextos que ofrecen visibilidad, privilegios económicos o políticos para repartir y un "enemigo" definido como la madre de todos los males. Un informe de la ONU alertaba en 2005 de la existencia de algunos campos de entrenamiento "yihadistas" en Somalia. Sin embargo, el carácter internacional de esta presencia es cuestionable. Las dinámicas del conflicto somalí hasta la intromisión de EEUU tendrían poco que ver con Al Qaeda. No obstante, la necesidad de nuevos apoyos exteriores de la UTI y el oportunismo de la organización terrorista por dejar su marca allá donde se presten, puede hacer que converjan la oferta y la demanda, y que la paranoia "yihadista" en Somalia se torne una realidad.

En cuanto a que el origen de la UTI se deba a la influencia extranjera, conviene tener en mente el contexto en el que se produjo su revolución. La población estaba extremadamente harta de la falta de oportunidades que representó Somalia tras quince años de dominio de unos señores de la guerra que, haciendo honor a su denominación, hicieron de la violencia su negocio. Sin ignorar las diferencias en los índices de popularidad entre estos personajes, los recelos que en general despertaban entre los y las somalíes sólo podían ser superados por la profunda animadversión hacia EEUU o Etiopía. Con estas referencias históricas y bajo un contexto de enfrentamiento irreconciliable entre el GFT recién constituido y los caciques de Mogadiscio que se negaban a ceder los privilegios de los que gozaban en la capital, comenzaron a extenderse como aceite en el agua informaciones que apuntaban al apoyo de Etiopía a las fuerzas gubernamentales y de EEUU a los señores de la guerra. Los continuos hechos que confirmaban estos temores estuvieron catapultados por los omnipresentes rumores, alimentados por el empleo masivo de la radio, que caracterizan los asuntos políticos en Somalia.

Los tribunales islámicos no fueron creados *ad hoc* para tomar el poder en junio de 2006, sino que existían con anterioridad a esa fecha. Formados a partir de consideraciones identitarias, estos tribunales obtuvieron su legitimidad del *Xeer*, el derecho consuetudinario somalí que bebe de tradiciones nómadas y musulmanas. Sólo un número reducido de estos grupos estaba formado por individuos muy violentos que pretenderían aplicar versiones oscurantistas del islam. La progresión de la UTI puede entenderse a partir de su sentido del oportunismo, de su atención a la población en asuntos sociales y protección, y de la existencia de un buen

número de personas favorables al cambio. En el clima de rechazo a los apoyos de EEUU y Etiopía a otras facciones, realizaron algunas incursiones en pequeñas localidades en las que, no sin sorpresa, consiguieron, ante la falta de sostén de la población, la huída del cacique local con un reducido grupo leal a su persona. En algunos casos, la UTI ofreció a milicianos que quedaron sin ocupación ni ingreso engrosar sus filas para intentar, a continuación, controlar una aldea de mayor tamaño. La sucesión de estos hechos alcanzó su momento cumbre con la toma de Mogadiscio.

En lo que a su auge respecta, cabe entender a la UTI más como una facción armada que como un grupo religioso. Por otro lado, no es cierto que los señores de la guerra o los miembros del gobierno tuvieran un carácter profano. En los tres grupos existen corrientes islamistas muy diversas. Por tanto, es poco prudente presentar lo sucedido el pasado año a partir de razonamientos religiosos. Incluso el clan, tan influyente en Somalia, no es determinante.

Conclusión

Los acontecimientos y las llamadas al cambio se suceden a menudo en Somalia sin transformar su realidad, al menos en lo que concierne a la macropolítica, la seguridad y la satisfacción de las necesidades básicas de la población. Este país continúa siendo, a pesar de los frecuentes procesos políticos, el único reconocido del mundo que carece de estado. Somalilandia, por su parte, es una de tantas regiones con estructura estatal de facto que carece de reconocimiento internacional.

El diferente desarrollo estatal experimentado en Somalilandia, débil pero efectivo, y en la otrora Somalia italiana, inexistente, responde a las diferentes evoluciones de los hechos en ambas regiones. Los factores que impidieron en el pasado la formación del estado en Somalia continúan presentes y seguirán condicionando el futuro de la región hasta que no se lleven a cabo medidas que limiten su influencia negativa.

Somalia necesita un estado, pero basado en la idiosincrasia local. Para ello precisa unas condiciones que no posee. Algunas son internas, otras externas, si bien aquellas pueden verse favorecidas por una buena política internacional. Sin embargo, las acciones llevadas a cabo desde el exterior no responden a las

necesidades existentes. Más que en el acceso a servicios básicos o el desembolso económico para la construcción del estado, la contribución extranjera parece llegar a Somalia en forma de armas y de estrategias que sólo pretenden favorecer los propios intereses. Los casos más bienintencionados se caracterizan por el pragmatismo y la cautela de responder según se desarrollen los acontecimientos, y no por el compromiso y la determinación. Una revisión de los hechos deja poco espacio para la sorpresa; si Somalia presenta hoy una situación deplorable es porque difícilmente podría ser de otra manera.

Cabe reconocer la dificultad de que una iniciativa política tenga éxito por responsable e inteligente que sea. Sin embargo, también conviene condenar las pautas seguidas hasta la fecha. Somalia no ha interesado más que por su decadencia. Durante el periodo de gobierno de la UTI que consiguió que Mogadiscio no pareciera lo que acostumbraba, los países involucrados en Somalia sólo vieron la cara radical de Hassan Dahir Aweys – en la lista negra de EEUU – y no analizaron las opciones que este grupo podía ofrecer tras garantizar la seguridad general en una de las ciudades más castigadas del planeta. No miraron a la moderación mostrada por otros Tribunales, mayoritarios, y las negociaciones llevadas a cabo entre la UTI, el GFT y otros actores internacionales que no fructificaron porque estos últimos colectivos se sumieron en la paranoia de un terrorismo global que no se daba en el Cuerno africano, al menos en los términos referidos.

Somalia ha recuperado, si bien por razones poco dignas, el protagonismo que perdió hace una docena de años, cuando las tropas de la ONU abandonaron el país. La nueva atención de los medios de comunicación puede cambiar las cosas. Doce años ninguneada, hoy Somalia es más conocida por los problemas que nos puede aportar que por lo que allí sucede. Es probable que Al Qaeda se haya fijado en Somalia más por haber sido señalada en la órbita del mal llamado "*yihadismo*" y por su consecuente aumento de visibilidad, que por las condiciones de presunto paraíso que puede ofrecer. Son muchas las regiones que posibilitarían, con más y mejores medios, un santuario. La notoriedad le viene a Somalia por donde no esperaba, por una vinculación a Al-Qaeda que los miembros más extremistas de la UTI han negado. No es el marco que Somalia necesitaba para construir el estado que tanto necesita su población.

***Artículo inédito de Alejandro POZO MARÍN.** Investigador sobre paz y conflictos en el Centro de Estudios para la Paz J. M. Delàs, de Justicia y Paz

(Barcelona). Ha realizado estudios de campo en diversos contextos de conflicto armado. Trabajó como coordinador de proyectos humanitarios en Somalia entre 2004 y 2005. alejandro_pozo@yahoo.com.

¹ Además de estos dos territorios, también Mogadiscio y la región del Juba, entre otras, declararon su autonomía respecto del gobierno central.

² Cabe mencionar que en el país se disfruta de grados de bienestar y violencia muy diferentes en función de la región concreta y el periodo de tiempo que se esté considerando.

³ Además, son tan somalíes como los clanes citados, las comunidades muy minoritarias de árabes y bantúes, entre otras.

⁴ COMPAGNON, Daniel, "Somali Armed Units. The interplay of political entrepreneurship & clan-based factions" en CLAPHAM, Christopher (ed.), *African Guerrillas*, Fountain Publishers, Kampala, 1998, p. 79.

⁵ GUTIÉRREZ DE TERÁN, Ignacio, *Somalia. Clanes, islam y terrorismo internacional*, Libros de la Catarata, Madrid, 2007, p. 44.

⁶ COMPAGNON, Daniel, "Somali Armed Units... *op.cit.*

⁷ *Ibidem*, p. 84.

⁸ *Ibid.*, p. 85.

⁹ *Ibid.*, p. 84.

¹⁰ *Ibid.*, p. 80.

¹¹ La empresa pública Enasa suministró en 1987 215 camiones militares Pegaso por valor de 1.235.000.000 ptas. para treinta años de amortización y diez de carencia y, en 1989, un número indeterminado pero significativo de otros vehículos (1.185.300.000 ptas., dieciséis años de amortización y cinco de carencia). SUBDIRECCIÓN GENERAL DE FOMENTO FINANCIERO DE LA EXPORTACIÓN, "Anexo. Los créditos FAD 1977-1994" en Boletín Económico del ICE, núm. 2.449, Ministerio de Comercio, Madrid, 27 de marzo - 2 de abril de 1995.

¹² GRUPO DE MONITORIZACIÓN EN SOMALIA, "Informe del Grupo de Monitorización sobre Somalia tras la Resolución 1676 (2006) del Consejo de Seguridad" en *Carta de 21 de noviembre de 2006 del Presidente del Comité del Consejo de Seguridad establecido tras la Resolución 751 (1992) sobre Somalia dirigida al Presidente del Consejo de Seguridad*, S/2006/913, 2006.

¹³ INTERMÓN-OXFAM, *Municiones: el combustible de los conflictos*, nota informativa de Oxfam Internacional, a partir de datos de la BBC, 15 de junio de 2006.

¹⁴ GUTIÉRREZ DE TERÁN, Ignacio, *Somalia. Clanes... op.cit.*, p. 45.

¹⁵ DE WAAL, Alex, *Famine Crimes. Politics & the disaster relief industry in Africa*, James Currey, Oxford, 1997, p.178.

¹⁶ Citado en DE WAAL, Alex, *Famine Crimes... op.cit.*, p. 175.

¹⁷ COMPAGNON, Daniel, "Somali Armed Units ..., *op.cit.*, p. 88.

¹⁸ *Ibidem*, ps. 88-9.

¹⁹ El derrame de tóxicos (nucleares incluidos) en el país mereció investigaciones de la ONU en los años noventa, a petición de los estados vecinos de Somalia. De acuerdo con varios estudios, cuyos hechos fueron negados por sus protagonistas, en diciembre de 1991 Nur Elmy Osman, quien se presentaba como Ministro de Salud del Gobierno interino de Ali Mahdi, firmó acuerdos con la compañía suiza Achair Partners y la italiana Progresso, por los que se permitía almacenar diez millones de toneladas de residuos peligrosos en territorio somalí a cambio de ochenta millones de dólares. Véase: <http://gurukul.ucc.american.edu/ted/somalia.htm> [Consulta: 07/01/08]. También la mafia italiana (que controlaría un 30% de los residuos italianos) hizo negocios en Somalia. Véase GROSSE-KETTLER, Sabrina, *External Actors in Stateless Somalia*, Bonn International Center for Conversion (BICC), Bonn, 2004, *paper* 39. Tras el tsunami que asoló en diciembre de 2004 el sudeste asiático y que también removió las aguas de Somalia, algunos contenedores aparecieron en la costa. Ante la alarma de que se pudiese tratar de residuos radiactivos, la ONU realizó una investigación para rechazar, finalmente, esta opción.

²⁰ Véase al respecto GUTIÉRREZ DE TERÁN, Ignacio, *Somalia. Clanes... op.cit.*, ps. 66-70.

²¹ TADESSE, Medhane, *Al-Ittihad. Political Islam and Black Economy in Somalia*, Meag Printing Enterprise, Addis Ababa, 2002.